

V

BODAS EFÍMERAS



## BODAS EFÍMERAS

**L**A Cigüeña-Bailadora había entrado también con las jovencitas y gran número de servidoras. Trajeron una mesita baja que colocaron frente al príncipe, y sobre la mesa colocaron tres copas de madera laqueada, destapando después un frasco de saké.

— Ya ves, príncipe, — dijo Yamato llenando de vino la primera taza, — que esta ceremonia es exactamente igual á la que tiene lugar en los matrimonios de los nobles. Serás pues el verdadero esposo de esta hermosa princesa durante... toda la noche.

El Pájaro-Flor tomó la copa, la vació hasta mediarla, y luego se la dió á San-Dai que bebió el resto mientras Yamato decía :



— Por primera vez se encuentran este hermoso mancebo y esta joven maravillosa: ¡ que los presagios sean dichosos!

Luego llenó la segunda copa que fué vaciada del mismo modo.

— Ojalá viváis largos años, — repuso Yamato, — y gocéis de felicidad perfecta hasta... mañana por la mañana.

Los presentes, repitiendo los vaticinios, gritaban alegremente.

El Pájaro-Flor cogió la segunda copa, y antes de beber la tuvo un momento en alto mientras envolvía al príncipe con una mirada grave y profunda. Y sin quitarle los ojos de encima se la ofreció después de haber bebido. Él la vació de un trago y la dejó encima de la mesa de ceremonia haciendo que chocase bruscamente.

— Ese matrimonio que para vosotros no es más que un simulacro y un juego, — dijo con altivez, — para mí es absolutamente formal. Yo juro que seré el esposo único de Pájaro-Flor, y eso para siempre.

Hana-Dori se apoderó de la mano del joven príncipe y la humedeció con sus lágrimas mientras Yamato, que tenía la seguridad de que su compañero no juraba nunca en vano, se quedaba tan estupefacto y horrorizado que su ros-

tro se alargaba de manera prodigiosa. Pero, sacudiendo pronto su inquietud, exclamó lanzando una carcajada:

— Si se trata de un verdadero matrimonio, el festín será más espléndido todavía. ¡ Pronto, pronto! ¡ Que nos sirvan! Si juzgo por mí, profetizo que como tarden mucho nos encontrarán á todos muertos de la peor de las muertes, de hambre.

Y nada faltó en el festín nupcial al que, con la autorización del príncipe, la Cigüeña-Bailadora fué invitada por Yamato.

Infinito número de pequeñas copas, de tacitas, de escudillas de fina porcelana y frascos diminutos, se dispusieron sobre la blanca estera del suelo ó sobre mesitas muy bajas: contenían toda suerte de cosas delicadas como algas en adobo, almejas cocidas y crudas, lenguados picados vivos y mezclados con frescos pepinillos; langostas, pescados raros guisados con shoyo, ese licor fermentado y succulento; carnes de aves cortadas en pequeños pedazos; pirámides de arroz blanco como la nieve, y toda clase de pasteles, frutas y golosinas. El saké se vertió con abundancia, y también se apuraron gran número de botellas de vino espumoso de Francia que surgía con ruido de batalla.



Aun cuando no había más que cuatro invitados sentados á esa comida, la sala estaba llena de gente. Habían llamado á elegantes *geshas* célebres por la perfección de sus cantos y de sus danzas : *taikomatis*, bufonadas, caras y muecas, eran capaces de hacer desternillarse al más serio. Y todas las lindas sirvientas del Pájaro-Flor habían entrado también, y de pie contra las paredes las tapizaban con las frescas sedas de sus trajes claros cubiertos por completo de flores y de bordados.

Los bufones hacían rodar sus extraordinarios ojos bajo unas cejas retorcidas como enfurecidas serpientes, desplegaban sus anchas mangas gesticulando y saltando, y frecuentemente se golpeaban las rodillas con los abanicos : eran mimos que acababan de representar una escena burlesca. Entonces los *samisens* empezaron á vibrar con ritmo alegre y animado, y una *gesha*, adelantando algunos pasos, se puso á bailar.

Su peinado, que imitaba las alas de una mariposa, estaba adornado con grandes alfileres de oro, preciosas almejas y flores; su traje azul, que se esfumaba de abajo arriba, desde el tono más obscuro al más claro, envolvía con pliegues elegantes su flexible cuerpo. Oscilaba, se balanceaba, daba vueltas lenta-

mente, y á su alrededor hacía flotar banderolas de seda que estaban cubiertas de emblemas. Luego, otra *gesha*, que tocaba un tambor con palillos de laca, entonó con voz aguda el canto de amor de la Primera Entrevista.

Pero el Pájaro-Flor la interrumpió haciendo un gesto que significaba su deseo de cantar ella misma.

Entonces su doncella favorita, que se llamaba Kin-Rau, (Jarro-de-Oro) le trajo su samisen y reinó el más profundo silencio.

Adoptando una actitud de rebuscada gracia, que sin embargo en ella parecía natural, hizo que su mano izquierda recorriese á lo largo el afilado mango de marfil del instrumento, mientras con una púa de concha, la otra mano templaba las tendidas cuerdas. A las primeras notas del preludio todos reconocieron la célebre canción titulada *Harousamé*, y un murmullo de placer salió de todas las bocas.

Hana-Dori cantó con voz pura y clara como las vibraciones de una copa de jade :

« Bajo la lluvia primaveral que moja sus plumas, el ruiseñor proclama la hermosura del ciruelo florido.

« Y á pesar de las últimas nieves, del viento, del granizo y de la lluvia, el dulce amante ha



vuelto desde lejano destierro hacia el amado árbol.

« Tan frágiles son sus alas y tan duro ha sido el viaje, que su hermosura está marchita y su cuerpo sangra...

« Con ojos velados contempla por última vez la florescencia rosácea y perfumada; pero es dichoso por que muere á la sombra del ciruelo amado.

« ¡ Oh, tú, hacia quien va constantemente mi pensamiento, sé el árbol en flor y yo seré el pájaro! ¡ Y sin vacilar cruzaré entonces todos los peligros, y todas las pruebas para venir á expirar en tus brazos! »

El último párrafo lo dijo con tan apasionada ternura, que mientras los presentes rompían en aclamaciones entusiastas, los ojos del príncipe se llenaron de lágrimas.

— Ni Komati, la gran poetisa, ni la ilustre Mourasaki, ni ninguna de las princesas célebres, han podido nunca igualar á la que esta noche nos maravilla, — exclamó Yamato entusiasmado y apurando una tras otra varias copas de champaña en honor del Pájaro-Flor.

El príncipe declaró que quería cambiar con ella el *kisho*, ese juramento de amor eterno, escrito ante testigos, que condena á muerte al que sea infiel.

Jarro-de-Oro corrió en seguida á buscar la caja de escribir y se puso á diluir la tinta. Pero Hana-Dori se resistía y quería ser la sola que contrajese el solemne compromiso.

— ¡ Oh, príncipe mío! — decía. — ¡ Piensa en las angustias que harían presa en mi si dejas de quererme!

Y para dar más fuerza á sus palabras citó una *outa* del poeta Oukou, célebre desde el siglo noveno :

« ¡ Muera el traidor al instante!...  
Juramos. Y hoy sufro amante  
Y con hondo desconsuelo.  
Por eso suspiro y lloro,  
Porque va á querer el cielo  
Que muera el infiel que adoro. »

San-Dai tomó el pincel de manos de la joven doncella y desenrollando el sedoso papel fué el primero que escribió. Con letra tan hermosa como la del príncipe y con términos escogidos y elegantes, el Pájaro-Flor escribió á su vez el sagrado juramento.

Las danzas y los cantos se reanudaron entonces con más entusiasmo aún. Las copas de saké habían dado muchas vueltas y se habían llenado con demasiada frecuencia ; tanta, que



todas las cabezas estaban poco firmes, y aun cuando se conservaba la corrección de modales, la animación y la alegría crecían por momentos.

La Cigüeña-Bailadora hacía grandes esfuerzos para mantenerse en pie y aparecer digna: el endiablado Yamato la había hecho beber muchas copas de saké y de champaña y se divertía lo indecible con las muecas que crispaban su rostro, lleno de afeites, de vieja cortesana, y con sus gestos azorados, pues temía ser incorrecta y hacía grandes esfuerzos para evitar que sus párpados, pesados por la embriaguez, se cerrasen. Pero, allá en sus adentros, á pesar de las risas con que se aturdió, el joven estudiante sentía agitarse sorda inquietud: ¿no habrían logrado sus deseos con exceso? El príncipe lo había dicho momentos antes, tal vez lamentarían haberle arrancado de su estu-dioso retiro. Todos aquellos juramentos de fidelidad querría mantenerlos, y entonces, ¿qué sucedería? ... Yamato sería considerado como responsable por el daimio de Kama-Koura y sobre él recaerían los desórdenes y las locuras que á consecuencia de la aventura tenía que cometer el príncipe....

Y los contemplaba á los dos mirándolos con

el rabillo del ojo, y los veía presa de deliciosa turbación, sin poder dejar de mirarse un sólo instante, y cambiando sonrisas de éxtasis. Apenas habían probado la deliciosa comida y separado algunos granos de arroz con sus palitos de marfil; apenas habían mordido una fruta y bebido algunos sorbos en la misma copa.... Al parecer estaban cansados de encontrarse entre tanta gente, y con gran impaciencia para hallarse solos.

Yamato se levantó exhalando un profundo suspiro, metió la mano en una bolsa que pendía de su cinto, y arrojó al aire, esparciéndolas por toda la sala, un puñado de monedas de oro. Aquello provocó en seguida alegre confusión de gritos y de risas: todos los lindos trajes, los hermosos peinados erizados de alfileres, y todas las cabezas, se arrastraron por el suelo en persecución de la codiciada presa.

Los bufones daban saltos extraordinarios, y allí hubo luchas, disputas, moños deshechos. Luego, cuando todos se hubieron levantado, principió un concierto de gracias y de bendiciones que no tenía fin; y los que no habían podido apoderarse de nada, fingían llorar desesperadamente.

El príncipe y el Pájaro-Flor se habían puesto



en pie, y todos los presentes, formando cortejo, les condujeron á la alcoba.

Esta habitación, bastante grande, se abría á una galería que daba al jardín que confusamente aparecía envuelto entre resplandores azules. La cama se componía de un colchón de seda ancho que se extendía sobre varias esteras superpuestas, y á la cabecera se hallaban dos *makouras*, especie de escabeles rellenos en los que se apoya la cabeza. Y una magnífica cubierta de seda completamente bordada y que semejava la túnica de un gigante, estaba encima de la cama.

Rodeada de flores se alzaba en un ángulo una estatua dorada de la diosa Benten, reina de la mar y protectora de los amantes. Y ante ella ardía un lamparita, pero la luz de las linternas veladas con blanca seda impedía que se viesan sus resplandores.

Desnudaron al príncipe, pusieronle la ropa de noche, y, entretanto, depositaron en el suelo un brasero, los perfumes, la caja conteniendo el tabaco y las pipas de oro, y, en un cofrecito preciosamente cincelado, encerraron una edición rara de los Poemas de la Almohada.

En cuanto el joven se hubo acostado, los que

allí estaban se retiraron haciendo votos de larga vida y eterna felicidad, quedándose sólo Jarro-de-Oro y algunas doncellas que empezaron á desnudar á Hana-Dori. Quitáronle el suntuoso manto de seda y oro que fué extendido en un estante contra la pared, y una á una la fueron despojando de los alfileres y flores de su peinado. Deshicieron las altas botas que tanto aumentaban su estatura, y desatando el ceñidor, anudado por delante según la moda de las cortesanas, resbaló el traje poniendo al descubierto los hombros y el pecho bajo la gasa de la camisa primero, y los hermosos y blancos brazos, tan blancos que parecían luminosos, después.

Cuando estuvo dispuesta fué á arrodillarse á los pies de la cama, y con voz baja en la que palpitaba la emoción, dijo :

— Mi querido príncipe, ¿ permitis que duerma á vuestro lado ?

Sin fuerzas para contestar, San-Dai, con movimiento brusco y apasionado, la estrechó entre sus brazos.

Entonces Jarro-de-Oro, al tiempo que las demás doncellas apagaban las luces, cerró el mosquitero de gasa de seda verde que los envolvió en una atmósfera de sueño mientras la



suave luz de la luna bañaba la habitación, y la lamparita de bronce, ante la diosa de la mar y del amor, brillaba en un ángulo como si fuese una estrella.

---

## VI

LAS LÁGRIMAS  
DE LAS VENDEDORAS DE SONRISAS

UNIVERSIDAD DE NEVOLEÓN  
BIBLIOTECA DE NEVOLEÓN  
FACULTAD DE LETRAS  
Edo. 1625 MONTERREY, AGENCIA



## LAS LÁGRIMAS DE LAS VENDEDORAS DE SONRISAS

**E**L hermoso príncipe de los ojos de terciopelo se ha marchado ya, y El Pájaro-Flor, más enamorada que nunca, piensa en él mientras pasan los días y las noches.

Después de una semana entera de maravillosa felicidad, ha tenido valor bastante para separarse de ella, pero se ha separado para hacerla suya definitivamente. Seguro de que no había pertenecido á nadie antes que á él, juró de nuevo que no pertenecería á otra y se marchó decidido á afrontar la cólera de sus padres, á luchar contra su voluntad, á triunfar de todos los obstáculos. Yamato, consternado y lleno de horror le siguió no sin prometer que, siendo



él el principal causante de la aventura, no omitiría sacrificio ni riesgo para servir á su noble amigo.

Y ella está allí, en medio de sus flores, sentada en la galería exterior de su casa, y la hermosa solitaria revive su felicidad envolviéndose en recuerdos tan ardientes, que á pesar de su tristeza se siente dichosa.

Pero hé ahí que de pronto se oye en la planta baja ruido de voces claras y el chasquido de las altas botas de madera que se desatan.

— ¿Quién viene?

Jarro-de-Oro sale precipitadamente, se inclina y mira, y por espacio de unos segundos sus ojos permanecen fijos en la escalera.

— Las más célebres oiráns del Yosi-Wara vienen á cumplimentar á mi noble dueña, — dice.

Y ya las orgullosas cortesanas suben lentamente la escalera de preciosa madera mientras sus sirvientas, que se han quedado en la planta baja, empiezan á charlar. El ruido sucede al silencio augusto que momentos antes reinaba en la casa...

El Pájaro-Flor se ha levantado y entra para recibir á sus visitas, y levantando la mano derecha, oculta la boca tras la bordada manga, que así es como se saluda más cariñosamente.

La primera que entra se llama Koro-Mourasaki, Purpurita, y es una muy linda personita y muy pagada de sí misma. Y es muy codiciada también por más que su conquista halaga el amor propio sin encantar al corazón.

Su cara es larga, aristocrática y muy blanca; la nariz respingada; los ojos grandes y apenas rasgados, y afeitadas las cejas y pintadas en la parte alta de la frente. Como sus dientes no tenían nada de hermosos se los hace laquear en negro, y su sonrisa es muy especial. ¡Muchas damas principales también se pintan los dientes así! En su traje hace alarde de sencillez y de buen gusto. La falda, de color verde de oliva, no tiene más adornos que una tira de bordado de raso, algo más claro, que le llega hasta la mitad de las piernas, y en los hombros luce las armas que ella misma ha escogido: un ziszás extraordinario encerrado en un círculo. Su flexible ciptura está aprisionada por una cinta de seda de color de rosa, y cubre enteramente su manto un fantástico dragón negro; finísimos hilos de oro indican las escamas, y los ojos los forman dos gruesas perlas.

Y Ko-Mourasaqui lleva en la mano, cual si fuese un bastón de mando, su pequeña pipa de plata cincelada.



La que la sigue es Tama-Koto, Guitarra-de-Jade, y es alta, frágil, bonita y exageradamente soñadora y perezosa. Viste traje azul pálido, y tan suave es la tela que parece mojada: el manto le arrastra mucho, y en él se distingue, bordado en colores naturales sobre fondo de oro, el retrato del hermoso Nari-Hira, el ilustre poeta, el orgulloso guerrero, el incomparable seductor. La joven cortesana siente por ese héroe de otros tiempos pasión profunda, y amenudo le llora por la noche, pues á través de los siglos á él es á quien adora.

Ko-Tsío, la Mariposita, y Vaca-Yanaghi, el Joven-Sauce, entran juntas. La primera es muy mona y muy graciosa con su carita redonda, su color crema, sus ojillos alegres y su boquita exquisita que parece una rosa próxima á abrirse. Su linda cabeza está erizada de alfileres, y no parece sino que le cuesta gran trabajo arrastrar su traje completamente cubierto de bordados. La segunda es un especie de ídolo de rostro inmóvil y descolorido, grandes ojos medio cerrados, la tez mate, y parece perdida en un ensueño. En el labio inferior tiene una pequeña mancha de oro: el traje es de seda amarilla, y el manto de brocado de oro cubierto de crisantemos de plata.

Cambiados los saludos de reglamento, las hermosas visitantes se sientan en los *tatamis* color de nieve que cubren el suelo, y apoyan los codos en los ricos almohadones que se ven por todas partes.

— Hemos tenido noticia, — dice Ko-Mourasaki — de tu sorprendente felicidad, y venimos á complimentarte. Toda la ciudad toma parte en nuestra satisfacción, y por unanimidad se te ha proclamado reina del Yosi-Wara.

— Mucho agradezco la atención, — responde el Pájaro-Flor, — y efectivamente mi felicidad es muy grande, tanto, que es lo único que me ayuda á soportar los pesares de la ausencia.

— ¡Entonces lo que nos habían dicho es la verdad! — exclama Guitarra-de-Jade. — ¿Un príncipe tan hermoso como Nari-Hira ha sido tu primer amante y quiere libertarte para hacerte princesa?

— ¡Así es! La diosa Benten, á quien tanto he rogado, me concede este insigne favor.

— Enséñanos los regalos que el príncipe te ha hecho; deben de ser magníficos, — dice Mariposita abriendo mucho los ojos en los que centellea la curiosidad.

Y por toda contestación, el Pájaro-Flor saca de entre los pliegues de su túnica un puñal



elegantísimo en cuya vaina de plata brillan incrustaciones de oro.

— Hé ahí su único presente, — dice.

Ni una sola puede contener una exclamación.

— ¡Cómo! ¡ Un puñal! ¡ Nada más que un puñal!... ¿ Ese príncipe tan hermoso no es generoso?

— Puesto que lo da todo, los regalos son superfluos, — dice Ko-Mourasaki.

— El príncipe ha comprado mi libertad hasta un día determinado en que debe volver para llevarme con él, — añade el Pájaro-Flor. — Pero si por desgracia, de la que el cielo me libre, las circunstancias le retuviesen lejos de mí, caería de nuevo en la esclavitud y querrían obligarme á que le fuese infiel. Entonces, ese puñal sería la llave de mi carcel, y gracias á él podría salir de aquí para esperar á mi muy amado en la estancia de las tinieblas.

Reina imponente silencio. Las hermosas oirás permanecen pensativas, y Ko-Mourasaki, inclinada sobre el puñal, lo examina atentamente.

Entretanto, las kamelos, jóvenes sirvientas de doce á trece años, han traído las cajas de fumar y servido el té. El brasero pasa de mano en mano, y no tardan en subir hacia el techo finas espirales de azulado humo.

Ko-Mourasaki sigue mirando fijamente el puñal; hasta lo ha sacado á medias de la vaina, y prueba el filo en uno de sus preciosos dedos. Luego, con movimiento rápido extingue el cruel resplandor de la hoja hundiéndola en las sombras de la vaina, y dice con voz grave:

— ¡ La muerte!... ¡ La muerte voluntaria es lo único que permite eludir las órdenes tiránicas que nos humillan! ¡ Ella es la sola que nos da algo de verdadera nobleza á nosotras, pobres simulacros de princesas que no somos!

Mariposita se pone á batir palmadas con espanto.

— ¡ Pero eso de matarse una misma es horrible! — exclama. — ¡ Nosotras, tan delicadas, tan cuidadosas de nuestras personas, tan arregladas!... ¿ Cómo podríamos hacernos daño con puñales ó con veneno?... Eso es una cosa imposible, una cosa que nunca ha sucedido.

— ¡ Que nunca ha sucedido!... — dice Ko-Mourasaki con terrible sonrisa. — Si contásemos las historias de suicidos que se han producido en el recinto del Yosi-Wara, no acabaríamos nunca.

— ¿ Y vosotras sabéis historias de esas?...

— Todas sabemos alguna.

— Entonces os ruego que las contéis, —



añade con voz suplicante y cariñosa Mariposita, — por que yo, yo no sé ninguna.

— Si Pájaro-Flor, nuestra reina, lo permite, contaré gustosa las que conozco, replica Ko-Mourasaki.

— Oiré estas narraciones con el mayor interés, dice Pájaro-Flor, — tanto más cuanto que tal vez añada pronto una á la colección.

— No tengas semejantes ideas... — exclama Joven-Sauce interrumpiéndola. — Prever la desgracia es atraerla. Yo te daré un talismán infalible, y tu príncipe volverá.

— Gracias mil veces, lo acepto con reconocimiento y lo llevaré.

— Escuchamos, — dice Mariposita volviéndose hacia la imponente Ko-Mourasaki.

Ésta toma un sorbo de té, deja la taza en la bandeja, y dice :

— La persona de quien voy á hablar, ha sido conocida de todas vosotras. La llamaban La Perla.

— Es cierto, todas la conocimos, — murmura Guitarra-de-Jade. — Hace más de un año murió estando en pleno florecimiento de su belleza.

— Pero por temor á que cudiese su ejemplo nos ocultaron con mucho cuidado el modo como murió. Yo, su más íntima amiga, fui advertida

en secreto por su doncella favorita y supe toda la verdad.

— Siempre me había figurado que no había muerto de muerte natural, — dice el Joven-Sauce.